



Los pueblos de España

POR FERNANDEZ FIGUEROA



Una cosa tremenda esta de poner en una cuartilla blanca: «Los pueblos de España». O no tiene uno espacio para nada o le sobra a uno todo. ¡Ahí es nada! ¡Los pueblos de España! ¡Los pueblos del pueblo más pueblo de la tierra! ¡Los repueblos del mundo! ¿Qué decir de ellos que no esté ya dicho o que no sea imposible decir?

Por lo pronto, esto: Ellos son los nidos, el gran nidal caliente, hecho con cuatro pajas, donde el alma de España pone castamente sus huevos y los engora, como una clueca, quieta, encima, abriendo el ala como quien arropa con una manta a un muerto para que no se enfríe o se pudra al sol. ¡Debajo está la vida! Debajo de esa aparente muerte, de ese pudridero está la vida orgullosa y mísera, dulce, sencilla, violentísima de los pueblos de España: Cuatro casas, una torre, dos campanas, el cementerio—que llamó Unamuno «corral de muertos»—, la mula, el toro, el caballo, el tiesto con claveles, la encina, el olivo, los perros... ¡Vamos a tirar de la manta!

Se equivoca quien crea que porque no respira, porque no se mueve, porque está quieto, el muerto no vive. Vive. Y con una vida purísima, de 90 grados, como el buen aguardiente de alambique que, de tan puro, lo persiguen como contrabando los carabineros. Acaso no esté bien de cirlo, pero hay que decirlo: lo mejor de España, hoy como ayer, que son sus pueblos, es contrabando. No se paga con dinero. Pero «¿qué clase de contrabando?», preguntará, y con razón, el lector no indígena. Y le respondemos: «Muy sencillo. El que ahora no se estila. Contrabando moral». España es un fardo de razones últimas y profundas, una carga de almas incorruptibles, detenida como si fuera de oro en la frontera del mundo, un venero de vida de tierra adentro, brotada entre zarzas, de las piedras... ¡Cada pueblo, un chorro!

El viajero español se sorprenderá, como los españoles no *españoles*, de la fuerza con que ese chorro brota y perennemente mana. Los españoles *españoles*, no. Están acostumbrados a que sea así y saben que, mientras España siga siendo España, sólo puede ser así. Y España tiene que ser así, para seguir siendo, para *ser*: Cuatro casas, un campanario, el camposanto, la maceta de flores en la ventana, el toro, el caballo, el encinar, los perros... ¡El muerto aparente bajo la manta, al sol! La pobredumbre. La pobredumbre Una miajita de cante y baile al son de la gaita, el tamboril, la pandereta y las castañuelas, para que el olor de vida del muerto—o el olor de muerto de la vida, ¡cualquiera sabe!—no se entre demasiado por las narices, no apeste. ¡El pueblo, los pueblos jocundos y tristísimos de España! ¡Qué equivocado el que vea en ellos atraso, reacción e incultura! En el tiempo que se avecina, que está ya aquí, ellos son, porque son la *reacción*, la revolución y la salvación; la vanguardia de la vida nueva, porque creen en la muerte antigua; los que, por ir de paso, permanecerán. Y esto no son palabras. Dios está con ellos—con su pobreza, su atraso y su sutilísima sabiduría de siglos—y el porvenir está con Dios. Como Bergson a don Eugenio d'Ors, en su cátedra de la Sorbona, ellos pueden decir, en este crítico momento: «Señores del mundo. Puede que la razón esté con ustedes, pero la vida, la verdad, está con nosotros». Porque la vida, cuando es vida verdadera, no se equivoca nunca.

Sentimos tener que repetir, con música vieja, la cantinela de siempre: España es una excepción vergonzosa, como es vergonzoso (produce vergüenza) el buen ejemplo cuando hay que darlo y se tiene valor para darlo. Y España lo tiene, y lo dá, porque lo tiene. Este ejemplo está en sus pueblos, cuya salud, Ortega, deslumbrado, calificó de «casi indecente», al volver por vez primera a ellos tras diez años de expatriación voluntaria. Y como Ortega, mil más. Sobran muchas voces autorizadas para remachar este clavo, en el Arte, en la Literatura y en la Historia. No vamos a utilizarlas, porque ¿para qué? Se trata de un artículo de «relleno»—el que estoy eludiendo—y no de una apología, en todo caso innecesaria. España, como la fé, se justifica en sí misma. Es una luz que va delante y alumbrá, por el hecho de ir delante. Que vean, si pueden y quieren, los que vienen detrás, y si no, que Dios los coja confesados. Las campanas de nuestros insignificantes pueblos vivos seguirán doblando a muerto por la salvación de su ánima.

¡A ver si las gentes se enteran de una vez que la Vida no está en el pan de trigo sino en el pan de Cristo!—y perdónese me la repetición en esta misma Revista de mis palabras de otro día.